



Veamos, pues, cuáles eran las disposiciones de Lutero:

«No, mi querido Spalatino; no quiero retractarme. Contestaré al Emperador que si me llama para cantar la palinodia, no asistiré.

«No tengo necesidad de ir á Worms para retractarme; si tuviese intencion de hacerlo, lo podria hacer muy bien desde aquí. Mas si insiste el Emperador, y si esta respuesta me atrae su enemistad, iré. No huiré, no abandonaré la causa ó la palabra de Cristo.

«Comprendo que esos furibundos no estarán tranquilos hasta que me maten. Haré lo posible porque recaiga la culpa de mi muerte sobre los papistas... Si voy á Worms, me retractaré de este modo; diré: «Hasta aquí he sostenido que el Papa es el Vicario de Cristo; me retracto, y declaro hoy que el Papa es el Vicario del diablo.»

Al recibir el mensaje imperial, demostró una firmeza de resolucion que no habia manifestado hasta entonces, y respondió á Spalatino, que le recordaba la suerte de Juan Huss: «Iré á Worms, aunque halle allí tantos diablos como tejas existen en los tejados de Wiltemberg.»

Lutero, que en otro tiempo se puso en camino hácia Augsburgo con una sotana prestada, un baston y mendigando, gozaba en esta época de tanto poder como el Emperador Carlos V. Aguardábanle con una ansiedad inexplicable; todos los corazones latian con mas violencia á su aproximacion á la ciudad. Dejó á Wiltemberg en los primeros dias de abril, conduciéndole un carro cubierto de tela que le prestó el Senado. Llevaba en su compañía al doctor en derecho Schurf, á Justo Jonás, preboste, al teólogo Amsdorf, y á Pedro Suaren, los cuales debian servirle de consejeros y abogados. Sturm le precedia á caballo, llevando las insignias de los heraldos de armas. La poblacion, que sabia de antemano su llegada, salió á recibirle. Algunos espectadores se descubrian en señal de

respeto; otros se aproximaban para estrechar su mano. Lutero cantaba aquel himno, cuya letra y música eran de su composicion, y á cuya cancion llama con razon M. Heine la *Marsellesa* de la Reforma:

*Es una ciudadela fuerte, que nuestro Dios, sea el no  
Un buen acero, una buena armadura, etc.*

Acercándose Lutero á Erfurt, saltó su corazon de alegría al contemplar el convento de agustinos, donde pocos años antes habia tomado el hábito de monje. Bajó allí del carro. Era el 6 de abril, víspera del primer domingo de Pascua. La noche se acercaba; una crucecita de madera colocada sobre la tumba de un hermano á quien habia conocido en otro tiempo, y el cual habia muerto en el seno del Señor, vino á herir su imaginacion. Hizosela reparar á su guia, diciéndole: «Ved, pues, padre mio: descansa ahí, y yo...» Y sus ojos se elevaron al cielo. Antes de acostarse fue á sentarse sobre aquella piedra, entregándose á la meditacion mas de una hora. Amsdorf tuvo que advertirle que la campana del convento habia tocado á silencio. Pidió permiso al superior, y lo obtuvo, para predicar á la mañana siguiente. Este acto era desobedecer las órdenes del Emperador. Sturm cerró los ojos, porque amaba ya mas á su compañero de viaje que á sus doctrinas. Lutero, que habia logrado ya atraerle á la Reforma, justificó esta infraccion al mensaje del soberano, diciendo que valia mas obedecer á Dios que á los hombres.

Al siguiente dia la pequeña iglesia de Erfurt estaba completamente llena antes de la hora de los oficios. Todos deseaban oír al hombre que tanto ruido hacia, y que sabia conmover los imperios desde su celda. A la mitad del discurso del orador, y repentinamente, una parte de la fachada se desplomó con gran estruendo; el terror se esparció entre los oyentes, que huian tumultuosamente, rompien-

dó hasta los vidrios para escapar á una muerte que creían inminente. Lutero permaneció sin moverse de su puesto. Hizo una señal, que comprendió la multitud, deteniéndose para recoger sus últimas palabras. «¿No veis, dijo sonriendo el orador, el dedo del demonio que trata de impedirnos oír la palabra de Dios, que yo os anuncio? Quedaos: Cristo está con nosotros.» Y al punto, dice Daniel Graser, la multitud se detuvo, acercándose al púlpito para escuchar al orador.

En aquella época Erfurt contaba con un gran número de monges, que el predicador, añade el mismo historiador protestante, azotó con bastante fuerza.

Algunas semanas despues de la partida de Lutero, el populacho se encaminó ebrio de furor á la morada de los canónigos, rompiendo todo lo que hallaban á la mano, los libros, las imágenes, los cuadros, los muebles, los colchones, arrojando al aire la pluma de que se componian, la cual caía formando una densa nube, que robaba la luz del día. ¡Presagio funesto de otros muchos desórdenes que Lutero debía suscitar bien pronto!

Cerca de Oppenheim, Martin Bucar se presentó á Lutero. Venía de parte de Franz de Sickingen, y en nombre del Emperador, segun decia, para conducir al monge al castillo de Ebernburgo. Como no tenia ningun rescripto que probase su mision, Sturm, volviéndose hácia Lutero, le dijo:

—Maestro, á Worms es adonde tengo orden de conducirlos.

—Amén.

Y dirigiéndose á Bucar, al que le cogió la mano:

—Gracias, dijo Lutero: el Emperador me manda á Worms: iré.

La mision de Bucar era efectiva. En Ebernburgo debía hallarse el franciscano Glapion, confesor de Carlos V, que conferenciaria con Lutero y le prometeria la protección

del Emperador, con la sola condicion de retractarse de algunas doctrinas enseñadas en la cautividad de la Iglesia en Babilonia. Lutero se hubiera negado á ello.

Detuviéronse en Oppenheim para descansar un poco. Fácil le hubiera sido á Lutero el escaparse, puesto que Sturm le dejaba en plena libertad. Sus compañeros, cuyos corazones se helaban de terror, le aconsejaban la fuga.

—¿Huir? repetia Lutero: ¡Oh! No, iré, entraré en la ciudad en nombre de Jesucristo, aunque haya mas diablos que tejas en los tejados.

El 16 de abril hizo su entrada en Worms, en medio de los cánticos sagrados, al ruido de los pasos y de las voces de muchos millares de espectadores, entre los cuales se hallaban muchos de los que habian abrazado sus opiniones, y que llegaban para contemplar al que sus discípulos llamaban el profeta, el apóstol del nuevo evangelio, y cuyo nombre vagaba por todos los labios. Se apeó en la casa de los caballeros de Rodas, al lado de la fonda del Cisne, donde habitaba el elector Palatino.

Al día siguiente de su llegada, el noble maestre de caballería, general del imperio, Ulrico de Pappenheim, fue á verle, precedido del heraldo de armas Sturm, para intimarle la orden, en nombre del Emperador, de presentarse á las cuatro de la tarde á presencia de S. M., Príncipes electores, generales y jefes de las Ordenes del imperio. Lutero contestó:

—Cúmplase la voluntad de Dios: obedeceré.

A la hora marcada volvió Ulrico de Pappenheim, precedido de Sturm. Con objeto de que la multitud, repartida en las calles, y sobre todo á los alrededores del palacio Imperial, no molestase al doctor, se tuvo la precaucion de introducirle por puertas escusadas, haciéndole atravesar los jardines. Costó gran trabajo el contener á las oleadas del pueblo, que se precipitaba por todas las avenidas

para ver al doctor: los tejados de las casas se hallaban llenos de gente.

Nunca se ha visto Dieta mas numerosa: Carlos V ocupaba su asiento, rodeado de siete electores, veinte y cuatro duques, ocho margraves, treinta Obispos, y un considerable número de diputados de las ciudades del imperio. El monge se inclinó confuso y lleno de admiracion á la vista de sus jueces. Frundsberg, jefe de guardias de corps, se aproximó á él, y tocándole con su guantelete de hierro, le dijo:

—Mongezuelo, vaya un papel que vas á representar: á fe de caballero, que ni yo ni ningun general le hemos hecho tan grande en los asuntos en que nos hemos hallado; ¡y los habia bien apuestos, á fe mia! ¡Si estás seguro de tí mismo, adelante, muchacho! ¡Adelante, en nombre de Dios!...

—¡Sí, en nombre de Dios, dijo Lutero, irguiendo orgullosamente la cabeza; adelante!

Todas las miradas se hallaban fijas en el doctor. Los diputados se levantaban de sus asientos para contemplar aquella fisonomía impasible, que no se exaltaba, no pareciendo pertenecer á este mundo. Hubo un momento en que cada cuál quiso comunicar sus impresiones, al que se hallaba á su lado; en este momento fue cuando algunas personas se acercaron y murmuraron en voz baja:

—¡Valor, hermano! No temas á los que solo pueden matar el cuerpo, sino mas bien al que puede perder en la vida eterna el cuerpo y el alma.

Otro dijo mas alto:

—Cuando te halles ante los Reyes, no pienses en lo que debes decir, porque el Señor te inspirará.

Lutero se volvió al oír estas palabras, y su mirada de fuego dió á demostrar que habia comprendido.

Entonces Juan Eck, no el teólogo de Ingolstadt, sino el oficial del Arzobispo de Tréveris, se levantó, y empezó en es-

ta forma el interrogatorio de Lutero, primero en latin, y después en aleman:

—Martin Lutero: S. S. é I. M., segun el dictámen de las Órdenes del imperio, os llama á su presencia, á fin de que respondais á las dos preguntas que voy á dirigiros: ¿Os reconocéis el autor de los escritos publicados bajo vuestro nombre, y que os presento aquí, y consentís en retractar algunas de las doctrinas que en ellos se hallan comprendidas?

Iba á responder Lutero, cuando Gerónimo de Schurf, ayudante de Lutero, pidió que se leyesen los títulos de las obras.

El oficial los tomó uno á uno, recitando los diversos títulos: consistian en unos comentarios sobre los salmos, el tratado *De bonis operibus*, y la esplicacion sobre la oracion dominical.

Lutero se levantó.

—S. M., dijo, hace que se me dirijan dos preguntas: primera, si reconozco como míos los libros que llevan mi nombre, y segunda, si quiero retractar las doctrinas vertidas en ellos. No puedo negar que son obras mias: los libros cuyos títulos acaban de leerse; nunca negaré haberlos escrito. En cuanto á la pregunta de si consiento ó no retractar las doctrinas que comprenden, cuestion de fe en la que mi salvacion eterna y la libre espresion de la palabra divina se hallan interesadas, aquella palabra que no conoce superior ni sobre la tierra ni en los cielos, y á la que debemos adorar por cuanto somos, considero temerario y peligroso para mí el responder al momento, antes de meditar en silencio, por temor de faltar á la senténcia de Jesucristo: «El que me niegue ante los hombres, yo le negaré ante mi Padre, que está en los cielos.» Suplico, pues, á S. S. M. me conceda el tiempo necesario para responder con todo conocimiento de causa, y sin temor de blasfemar de la palabra de Dios, ni esponer la salvacion de mi alma.

Al oír tales palabras, se levantó un ligero murmullo entre los concurrentes, habiendo algunos que creyeron fuesen inspiradas por el Espíritu-Santo. Maimbourg tiene razon al decir que esta respuesta no respiraba el genio profético de que Lutero se vanagloriaba de hallarse iluminado, al escribir á Spalatino: «Siento á Dios, el Espíritu-Santo me posee y me impulsa;» porque implicaba necesariamente la eventualidad de una retractacion de los dogmas que habia anunciado. El Emperador mismo, al ver vacilar á Lutero, dijo:

—Este hombre no me volverá hereje.

Los jefes de las Ordenes deliberaron un momento, y el oficial se levantó de nuevo.

—Martin Lutero, dijo: á pesar de que conoçais hace algun tiempo el mensaje del Emperador y el objeto de vuestra comparecencia ante la Dieta, y que, por consiguiente, deberia negaros esa próroga, sin embargo, la insigne clemencia del soberano tiene á bien concederos un dia para preparar vuestra respuesta. Comparecereis, pues, en este sitio mañana á la misma hora, bajo condicion que espondreis vuestras respuestas de viva voz, y no por escrito.

Lutero volvió al dia siguiente á la misma hora que la vispera; pero tuvo que aguardar, en medio de un inmenso gentío, á que las Ordenes abriesen la sesion, pues se hallaban deliberando en aquel momento.

Se hizo entrar al doctor, y el oficial tomó la palabra en estos términos:

—Martin Lutero: ayer reconocisteis como vuestros los libros impresos bajo vuestro nombre. ¿Os retractais ó no de estos libros? Tal fue la pregunta que se os dirigió, y que evadisteis, bajo pretesto que la pregunta que os haciamos era una cuestion de fe, y que teniais necesidad de reflexionar para responder á ella, á pesar de que un teólogo como vos sabe perfectamente que todo cristiano debe hallarse siempre dispuesto á responder de sus creencias. Por consi-

guiente, explicaos: ¿Pretendeis defender todas vuestras obras, ó bien retractaros de algunas?

Lutero contestó:

—Serenísimo Emperador, Príncipes del imperio: á las dos preguntas que se me dirigieron ayer, si reconocia como míos los libros publicados bajo mi nombre, y si perseveraba en defenderlos, dije: *Persisto*; y persistiré hasta la muerte en esta respuesta. Si, estos son mis libros, los libros que yo he publicado, ó que han publicado en nombre mio; los reconozco, lo confieso, lo confesaré siempre, en tanto que la maldad, la picardía ó una falsa sabiduría no vengan á introducir en ellos alguna alteracion: reconozco que lo que ha escrito mi mano lo ha madurado mi pensamiento.

Antes de responder á la segunda pregunta, suplico á V. M. y á las Ordenes del imperio consideren que mis libros no tratan todos de la misma materia. Los hay didácticos, destinados á la edificacion de los fieles, al adelanto de la piedad, á la mejora de las costumbres, y que la Bula, al reconocer la inocencia de estos tratados, no los ha condenado. Si me retractase de ellos, ¿qué es lo que haria? Proscribir una enseñanza que todo cristiano admite, marchando de este modo contra la voz universal de los fieles.

Hay otro género de escritos en que ataco al Pontificado, las creencias de los papistas, como monstruosidades, como la ruina de las buenas doctrinas y la condenacion del cuerpo y del alma. ¡Ah! No puedo negarlo, y nadie tanto como yo: tan alto hablan los gritos y testimonios de la conciencia: las decretales de los Papas han introducido el desorden en el cristianismo; sorprendida, aprisionada, torturada la buena fe de los fieles, y devorada como una presa esta noble Germania, que no ha cesado de protestar contra las falaces doctrinas, contrarias al Evángelio y al sentimiento de los Padres.

Si renégase de mis escritos, prestaria nueva audacia